

Juan Antonio García Galindo y Luis Ortega Hurtado (eds.) (2020): *Persona, ciudadanía y democracia. En torno a la obra de María Zambrano*, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga, 324 pp.

La poesía no sería más que el margen en el que se lleva a cabo la plenitud de nuestros sentidos: el juego de todas las gracias. Esto no ha sido sino ampliamente considerado desde diversas perspectivas a lo largo de nuestra historia. Y debiera de seguir siendo así puesto que, quizás, ese y no otro sea su principal cometido. En este sentido, buscamos desplegar nuestras bondades y desatinos en nuevos escenarios (filológicos, ontológicos, éticos...), atravesarse sin más y rendir cuentas frente a los asuntos del *yo* con *lo(s) demás*. Pero su concepción y su tratamiento no siempre han ido de la mano la una con el otro. Sin ir más lejos, y de entre las muchas figuras que acaban por determinar los anales del pensamiento, Hegel dirá al respecto de las ciencias que, ante todo, han de mirar por «elear al hombre hacia las estrellas, como si, olvidándose totalmente de lo divino, se dispusiera a alimentarse solamente de cieno y agua, como un gusano». Estas primeras líneas de su archiconocida *Fenomenología* nos desvelan una característica fundamental para el conocimiento. Tanto la geometría como las leyes y la poesía constituyen miradas complementarias de un mismo sistema, al igual que las «estrellas» o el «agua». Comparten, como requisito primordial hacia una sabiduría armónica, el ser sus *amantes*. ¿Cómo podría *cualquier filo-sofía* huir de estos estímulos y verse colmada a la vez? A la larga, resulta algo casi imposible. De la misma manera que Schiller señalará al final que «el cáliz de este reino de los espíritus rebosa para él su infinitud», el saber absoluto ha de volverse igualmente metafórico. Mediante la influencia, velada o no, de Hölderlin, Hegel fortalece así su itinerario. En ocasiones, casi lo desarrolla directamente en paralelo a ello. Sea como fuere, nos permite tender una especie de vínculo abstracto, un espacio algo más alejado de los estrictos códigos de la razón, que hace que sus ideas nos conmuevan. Otra vía

de comunicación como otra forma de enlazar(nos). Presiento que sus posibilidades son muchas otras. En cambio, al igual que ocurriría aquí, se ha tendido a separar por capas ciertas exposiciones similares, atendiendo de manera desigual a su «rigurosidad» científicista, e incluso política, en detrimento de lo «vistoso» de sus expresiones, en ocasiones anotadas como un adorno de más. Hasta entonces nos encontramos frente a un tortuoso y largo proceso, cercano a nuestros días. María Zambrano decidiría proseguir, sin lugar a duda, con esta ardua tarea.

Tengo la satisfacción de reseñar uno de los últimos escritos en torno a la obra de la autora veleña, cuya edición corre a cargo de Juan Antonio García Galindo y de Luis Ortega Hurtado. Y lo hago con la mayor cercanía y felicidad. Lo primero, su proximidad, no solo se debe a una cuestión temporal, algo que ya nos supone un revulsivo para inmediatas generaciones a la hora de continuar con semejantes escrituras. También es consecuencia de la inmensa amabilidad que me ha brindado la propia Fundación María Zambrano a lo largo de este tiempo; así como por parte de las personas que han contribuido a este texto y especialmente de aquellas que he tenido el gusto de conocer. Estoy seguro de que toda esa simpatía responde a su vez a una herencia zambranianiana. Lo segundo, en relación directa con lo anterior, es debido a que se trata de una alegre casualidad al verme arraigado a su misma *tierra*. Pero esto último o lo es para todos o para ninguno de nosotros. Tal y como indica ya en el prólogo el profesor Francisco García Bazán, los lugares que «relucen más que el sol» —a su parecer: Málaga, Roma, Buenos Aires y Martínez— resultan ser los mismos en los que los «anhelos nacionales» despiertan vivamente. Bien es cierto que, a título personal, las costas del Mediterráneo malacitano tampoco me son extrañas. Crecí entre sus orillas y es muy posible que muchas de sus imágenes nos sean comunes. Pero a la luz de estas páginas, tanto García Bazán como Zambrano parece que se recrean, a raíz de esto y provechosamente, entre motivos peregrinos.

Para él, en este caso, lo singular de estas escenas constituye el contenedor de toda identidad: Málaga, «la ciudad en que nací»; Roma, donde comenzaría su formación y nacería su primer hijo; Buenos Aires, pues en esta desarrolla su carrera profesional; y Martínez, la localidad en la que se casó con su querida esposa y en la cual también vio crecer al resto de su familia. Como menciona Cortázar en su hermosa *Rayuela*, que cualquiera de nosotros se vea perseguido por esta clase de vibrante melancolía no implica que algo en nuestro interior sea defectivo. Más bien al contrario. Sabemos de sobra que Zambrano habría insistido en la importancia de detenerse en estos espacios, aquellos donde nos topamos con *nuestros primeros dioses*. En todos esos paisajes se darían lugar las impresiones más trascendentales, las mismas por las que se guiarían nuestras preguntas y desvelos más remotos. Así pues, ¿qué tipo de ideas vienen inspiradas por el comienzo de una nueva vida? ¿Y si, además, se trata del

nacimiento de nuestro propio vástago? ¿Sucede algo parecido, en cuanto a lo determinante de una vivencia, dentro de una simple conversación entre compañeros? ¿Puede un vistazo a los lugares donde esto ocurrió conducirnos a un estado, digamos, cercano a una especie de cosmos independiente? ¿Habremos atendido como es debido a esta abstracción? Es más, ¿despierta algo en común la brisa marina alrededor de la Alcazaba para García Bazán y el calor que emana de las piedras del Gólgota para muchos otros? Me atrevería a afirmar que el llamado «pensamiento del exilio» de Zambrano nos insta a su vez a cuestiones afines.

Tampoco me resisto aquí a aludir a Raimon Panikkar, quien, citando a Abhinavagupta, esteta indio del siglo x, manifestaba: «No te aferres (a nada) ni renuncies (a nada); sosegado en ti mismo, tal cual tú eres, gózate en el todo». Parece ser que la autora de *La tumba de Antígona* se distancia así, críticamente, aunque en otra serie de términos, de los abusos del pensamiento instrumental, de su incompletitud vital, para compensar tales faltas. Se trata de una experiencia, la que nos propone, mística, emparentada incluso con la estética de Zurbarán. Por tanto, ¿qué nos cabe decir ante esta *omnipresente casualidad* a la que nos hemos referido?

El libro que tenemos entre manos, *Persona, ciudadanía y democracia*, continúa con este tipo de ejercicios. Comprometido asimismo con las bases de su ensayo de 1958, de evidente similitud en el rótulo, constituye uno de los textos más actuales y completos con los que impulsarlas en adelante. Se hace con inmenso cuidado y delicadeza, en conjunto a otras de sus tesis, con el fin de perfilar su noción de la esfera pública. Sus capítulos, dispuestos en torno a cinco partes, se corresponden con las ponencias expuestas en el *VI Congreso Internacional* (2019) que lleva su nombre. Los expertos que colaboran en ellos, nuevamente al estilo zambranio, pertenecen a diversos ámbitos —desde historia a filosofía, literatura, periodismo o psicología—, lo que ayuda a diluir varias de las postizas diferencias que pudieran ocurrírseles. Probablemente, por esta razón, las palabras que ellos mismos vuelcan aquí no parece que planteen «soluciones sencillas» a algunas de nuestras ahora miserias. Aunque ni mucho menos terminan por rozar lo utópico. Tan solo se trata de no obtener más aún nuestra capacidad para imaginar escenarios políticos a la altura, de raíces *paidéuticas*.

La primera parte, *Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, una vez más al amparo de otra de las obras de la autora, es inaugurada por Federico Mayor Zaragoza. Podríamos decir que lo que lleva a cabo es un retrato que deja al desnudo lo que otros ya han denominado como «los principios colectivos de nuestra infelicidad». Zambrano nos dice que «solo es democracia aquella sociedad en la que se es persona». Mayor Zaragoza, desde su experiencia en la UNESCO, puntualiza que, para ello, se han de armonizar «géneros,

sensibilidades sexuales, ideologías o creencias» en un mismo horizonte. Pero el prisma de la alteridad debe ir encaminado no solo al interior del propio «pueblo» y de sus relaciones con otros, algo que ya falla, sino también en las semejanzas de nuestra especie con las demás. Menos PIB y más PNUD. Por otro lado, Antonio Colinas destaca la complejidad tras la figura de Zambrano más allá de etiquetas como intelectual republicana o filósofa innovadora. Nos invita a indagar en las dimensiones de una «tercera María». Sin tener en cuenta sus encuentros con la poesía, la «poesía sagrada», con Unamuno o la *Vita Nuova* de Dante, no podríamos tomar de ella cualquiera de sus propuestas, aisladamente, y avanzar. Me gustaría resaltar el ejemplo al que apunta en torno al caso de Manuel Azaña y su posible afinidad a la idea de «piedad» en Zambrano, junto a las de «perdón» y «paz». Madelaine Cámara procurará igualmente otro acercamiento a la genealogía de la «razón poética» partiendo de los avatares de la guerra española y de su vida en los «pueblos hijos de España». Como ella misma escribiría: «fue desde América que descubrí mi país». En convivencia con lo anterior, plagada de versos y vivencias textuales, la parte correspondiente a Narciso Alba intenta recrear el exilio de Zambrano y coetáneos suyos como Andújar, Gil-Albert o Alberti; a la vez que subraya la labor de personajes como Sánchez Ventura o Corpus Barga. Eliseo R. Colón Zayas completa estas visiones a través del desarrollo de su pensamiento, un cierre circular podría decirse, a partir de las imágenes de Puerto Rico y Cuba, de la posguerra y la Guerra Fría. Joaquín Verdú de Gregorio finaliza este ciclo revelando el interés de Zambrano por el cine y su capacidad para enfocar lo onírico: renovación de aquellas metáforas que impiden que nos veamos absorbidos por los «extremismos», cavernas en Platón.

En *Persona y democracia en el contexto de María Zambrano*, María Luisa Maillard García se centrará en el recorrido que va desde *Grandeza y servidumbre de la mujer* (1946) en la obra de Pittaluga hasta las últimas reflexiones teóricas de la pensadora justo una década más tarde. Una aproximación en la que se deja claro que tanto la orientación del feminismo como la «metafísica de la mujer» deben ir a la par. «¿Puede la mujer ser individuo en la medida en que lo es el hombre?». Isabel Dalza prosigue por este camino, ampliando nuestras perspectivas de su producción al respecto tras analizar su evolución desde lo reivindicativo al terreno de la ontología. Zambrano polemiza así las estructuras psíquicas por las que la mujer, «Eloísa», no solo no debería superar su biología, sino que debe anclarse en ella para desarrollar un saber alternativo, poético y, si acaso, complementario: «Su sexo la liga al cosmos, mientras que al hombre su sexo no le sirve sino de angustia». Pedro Chacón Fuertes se vale de material inédito para exponer la pertinencia de la silueta de Felipe II para su itinerario. Se trataría de poner de relieve el hacer de ese «rey-sacerdote», trágico en tanto que cierto ídolo y víctima, como una forma de enajenación

que podría haber sido de provecho si aquello que se cree ser, y aquello que se quiere ser, son vistos en conjunto *moralmente*, hacia el *resto*. Marifé Santiago Bolaños une al final lo sustancial en la denuncia de Zambrano a los exclusivismos de Occidente mediante la «belleza irrenunciable», un reclamo a la sensibilidad perdida. La idea de persona a la que la razón apela se sustentaría sobre ancestrales mecanismos que han dejado de lado dudas y deseos esenciales. De la misma manera, la definición de mujer se habría construido sin las mujeres mismas. «Hombre y mujer, vida y muerte, son las dos parejas de la dualidad primaria».

El capítulo titulado *Los derechos humanos en María Zambrano* da comienzo con José Luis Mora García. En base a una serie de puntos que sintetizan dicho compromiso, se impugna la noción de «totalitarismo ideológico»; algo que no ha de limitarse necesariamente al absolutismo como tal. Julieta Lizaola afronta la doble vertiente de Zambrano desde la que imbricar las ideas de ciudadano y persona. En concreto, nos retrotrae a su experiencia en La Habana, como una de las invitadas a la conferencia organizada por la Comisión Cubana de Cooperación Intelectual. Rearmaría entonces su defensa de la condición de ser humano, confluencia y, sobre todo, convivencia de toda conducta y política. Tras esto, Elena Trapanese pone de manifiesto la relectura que se hace de la famosa obra de Calderón de la Barca, *La vida es sueño*; con una interesante referencia a Elémire Zolla al final que nos insta a saber más acerca de esta relación. Si bien todo carácter totalitario tiende a «retener para sí el tiempo», hemos de aprender a «vivirlo humanamente». Salir de la misma torre de Segismundo es atreverse a soñar, aunque sin imponer nuestras fantasías y pasiones. Más bien sería compartir esa experiencia creadora y nutrir la de la imaginación de los demás. Soñar y «esperar» que otros sueñen. Cierra esta mesa redonda Paula Izquierdo, en torno a las aristas que hacen valer la trayectoria de Zambrano. Se abordan las principales trincheras desde las que habría plantado cara a la mayoría de las dificultades con las que se vio enfrentada en una época tan contraria, por discursos y hechos, a sus propios intereses: feminismo y religión; amor y republicanism o éxito y derrota.

En *La actualidad del pensamiento de María Zambrano*, Rogelio Blanco reflexiona sobre el dinamismo al que tendría que estar sujeto el espacio democrático, armonizando la pluralidad de las proposiciones que tienen lugar en su interior. La «utopía perenne» —*sapere aude!*— ha de fundarse en el reconocimiento de todas las voluntades, efectivamente. Pero siempre guiada por la crítica a la apatía, a la burocratización, al elitismo y a la desconfianza en, y me atrevería a añadir que *entre*, los representantes. Solo así se podría progresar en un prometedor escenario a configurar que cuenta con apenas algunas décadas en su realización. Juan Fernando Ortega Muñoz rescata esa «faceta auroral» de Zambrano en la que la «intuición» ha de conjugarse con la razón.

Los bruscos cambios dados en el seno de Occidente durante los últimos años son, de igual manera, fruto de una crisis filosófica: una espiral catastrófica donde los desastres se refieren entre ellos mutuamente. Por tanto, mantendrá su pensamiento en la estela de la «rebeldía vital» en la que también se encuentran Nietzsche, Freud u Ortega. «Una razón que pone en juego al hombre completo, a la unidad humana hace tiempo perdida en la cultura europea». Victoria Clemente Legaz hace aún más palpable los presupuestos de la autora desde su posible puesta en marcha a través del III Laboratorio Iberoamericano de Innovación Ciudadana (2016). Celebrado en Colombia, sus proyectos tratan de solventar cuestiones relacionadas con políticas de desarrollo y cultura territorial desde múltiples enfoques. Por último, José Rubio Fresneda nos trae aquí la influencia recíproca de Zambrano y Ramón Gaya a partir de su correspondencia entre 1949 y 1990. Resultado de esa poderosa amistad, «*fratella* máxima» para Gaya, podemos ser testigos de una ejemplar unión que retroalimenta ambas creaciones.

Para terminar, *Trascendencia del pensamiento de María Zambrano en el hispanismo*. De entrada, el profesor Enrique Baena Peña nos acerca a la profundidad hermenéutica de toda esta narrativa. Revisita una estética de la intrarreferencia que no es, ni de lejos, un mundo vuelto sobre sí mismo. Zambrano se incluye, como no puede ser de otra manera, dentro del círculo de escritores a los cuales no les interesa el dominio de la unidad sino la unidad en sí, como por ejemplo Prados o Altolaguirre. Así, este tipo de poesía y de mística, mundo lírico al estilo sanjuanista y concebido en México, acaban por ser un abismo para lo normativo: tanto en lo referente a la invención como a la recepción. Esto generará una nueva metafísica con la que aproximarnos a nuestras propias pulsiones y reorientar la totalidad del mundo. Julio E. Quirós Alcalá continúa en la cronología de su exilio. Se sitúa en Puerto Rico para iluminar el contexto en el que, por aquel entonces, se movía Zambrano a la hora de publicar *Persona y democracia* en el Departamento de Instrucción Pública. Resalta la figura de una «otra María»: Inés María Mendoza, quien era esposa del presidente Luis Muñoz Marín. Ella se convertiría en un apoyo fundamental en aquellos años tan duros puesto que ayudaría a que su obra pudiera ver finalmente la luz. Para reconstruir todo este telón de fondo, se vuelve a hacer uso del material inédito que obra en la Fundación. Para acabar, Juan José Téllez enlaza los traumas a los que se vieron expuestas las hermanas Zambrano durante cuarenta años lejos de España con los de la misma Antígona; la cual sería un claro reflejo de la desesperación de Araceli tal y como explica en *Delirio y destino* (1952). Como con otros tantos y tantos desterrados, «soportaba la Historia, porque habiendo nacido para el amor la estaba devorando la piedad».

Ángel Manuel Pacheco Suárez